



MURDER AT MIDNIGHT

Gabriela Alemán

— *Aló, aló.*

— *Me mandaron que le avisara que no salga hoy.*

— *¿Aló, aló?*

— *Me mandaron avisar.*

— *¿Qué?*

— *Que no salga hoy.*

— *¿Aló?*

— *¿Aló?*

La primera llamada de la mañana. No tenía ninguna razón, en realidad, por la cual salir, así que me acerqué a la cama y prendí un cigarrillo. El quinto de la madrugada. *Me mandaron avisar.* Me metí bajo las sábanas y traje el cenicero hacia el colchón. Rompiendo cualquier tipo de código contra incendios del hotel. Qué me podía importar. Debía ser el tipo más patético del planeta en ese instante. Un tipo patético quemado no debía hacer mayor diferencia. No debía significar nada. En una balanza, sólo otro tipo patético, quemado y enamorado más. Desbalanceando poco el grado de equilibrio universal, si eso. ¿Qué peso puede tener un tipo desnudo que mira por la ventana del piso trece del Hotel Guaraní? Esperando que el filo de su pollera girara por última vez en redondo alrededor de la esquina del edificio de enfrente. Sí. Como lo llevaba haciendo desde la una hasta que sonó el teléfono. Las luces fosforescentes de la alarma señalando las cuatro, bajo las raídas sábanas del hotel, fumando en la oscuridad, imaginando su pollera girando en redondo alrededor de la esquina del edificio de enfrente.

— *Aló. ¿Aló?*

Ando a la caza de un filtro. Me debió pensar un infeliz y sin embargo no se delató. ¿De qué tipo? Me preguntó. Un filtro de amor. Tengo varios, si me das más detalles. Me miró esperando. La manera como lo planteó y giró su

cuello —el olor a jazmín entrando por la puerta de calle, la semi oscuridad del almacén apaciguando el calor de la tarde, las persianas bajas, el suave viento impregnando la delgada tela de su pollera contra sus muslos— me invitaron a confiar. Uno que mata. Le dije. Qué quimera, que al entregarme el óleo esa mujer pálida y ojerosa fuera a detenerse en las puntas amarillentas de mis dedos. Vení, me dijo, esas manchas son de tabaco rubio. ¿Qué monstruo que echa llamas de fuego por la boca y tiene la cabeza y el cuello de león, el vientre de cabra y la cola de dragón era ésta? Que rozándome la yema del dedo índice había agrietado mi corazón.

No tenía por qué salir, la investigación no iba a ningún lado. Llevaba tres meses en Asunción y, aunque los cheques llegaban puntuales, nada me podía quitar la sensación de estar haciendo el estúpido o de estar descuidando algún detalle. Que para el caso era lo mismo. La *sensación* de perder el tiempo en mí mismo, sujeto de tan poca monta, era lo peor. Disponer de horas para observar el techo o mirar cómo las cortinas se inflaban con el viento o el cielo se nublaba y los truenos ensordecían la ciudad. Mejor: lo que realmente avivaba mi desesperanza era dejarme conducir por una estación semivacía buscando razones para justificar mi vida. Llevaba semanas sin que pasara un tren. Algunas conclusiones a las que había llegado: ningún placer se igualaba al de revelar secretos ajenos —¿no es así que advertimos la mirada de los nuestros propios?—. En realidad era la única conclusión a la que había llegado tomando mal vino de cartón argentino. ¿Qué más me podía mover a ser detective privado, héroe de tiras cómicas, policía sin placa ni beneficios? No podía recurrir a la venganza familiar como *Batman* o escudarme en la defensa de los pobres frente a las fuerzas del mal como el *Santo*. Era simplemente un figón. Tal vez porque procurara con impertinencia tan desmedida era uno de los mejores en mi campo, por eso y por mi amor (ya lo he dicho) a la forma ligera, grácil y cilíndrica del secreto minutos antes de ser develado. Pude ser cualquier cosa —un hombre de letras, no me faltaban credenciales para ello— pero un día tropecé, mientras el tiempo no cejaba en su paso, con una cita de Arthur C. Clarke: *un intelectual no es otra cosa que un individuo que ha llevado su educación más allá de sus propias capacidades.* Yo sabía el límite de



las mías y esa misma tarde escribí a una escuela de detectives por correspondencia. Como todos mis colegas, cuelga en mi pared un título fechado y datado en la ciudad de Los Angeles, California. Los beneficios de mi segunda educación eran inútiles en Machala, pero no es sino con orgullo que puedo atestiguar ser el único detective diplomado de El Oro, Ecuador. ¿Cuál mi destino en Paraguay viniendo de tierras tan septentrionales? Las esmeraldas. Una bolsa del tamaño de tres puños llena de ellas, tan brillantes que como piezas de un espejo roto oscilaban su reflejo verde (envidia) sobre la faz de todo aquel que posara su mirada sobre su inusitada perfección. Piedras que visitaban a los hombres y las mujeres como una plaga y se mostraban tan contagiosas como ella. En una trama que cruzaba el Atlántico, se detenía en el puerto de Cartagena, bajaba por la provincia de Esmeraldas y se internaba por las altas sierras andinas hasta llegar a la cuenca amazónica para allí descender por el Chaco paraguayo hasta perder su rastro en Asunción. Mi involucramiento se había iniciado en la ciudad de Esmeraldas, donde había ido a celebrar el aniversario de su independencia un cinco de agosto comiendo masato en el Parque Infantil (para ustedes que lo conocen sabrán que ese cuadrado tiene carta blanca sobre todos los asuntos de la ciudad), cuando empezó la balacera entre el alcalde saliente y el teniente político entrante. No quiero incidir en intrigas pero mi habilidad con las armas suscitó comentarios y a la noche, mientras tomaba una caipirinha en la cercana Tonsupa, se me acercó un hombre que disfrazaba mal su acento colombiano. Me preguntó si me interesaba ganar unos cuantos pesos. Bajo la tenue y amarillenta luna que deformaba la choza y los desechos del festejo le pregunté las condiciones mientras le tendía mi tarjeta. La tomó y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta de lino mientras él, con su mirada vacía (como si su mente hubiera sido apagada como una vela instantes antes y el humo siguiera circulando en el aire enrarecido) me explicaba los pormenores.

El olor que desprendía su cuerpo era un dulce perfume a flores muertas. El intoxicante aroma de la madreSelva.

Sostenía mi mano con extrema delicadeza —como si se fuera a partir si la rozara con más fuerza—, mientras me internaba por un pasillo pintado de celeste y un niño con voz aflautada tomaba el asiento tras el mostrador y le decía algo en guaraní que no alcancé a escuchar. Me condujo hasta un cuarto carcomido por la humedad e iluminado por un foco de 40 vatios enroscado en un boquete cercano al techo. Abrió un armario. Tomó un algodón. Destapó un frasco. Puedo atestiguar que lo mojó y la solución lo volvió morado (recuerdo haber pensado que el color semejaba a la sangre vertida en los pactos suicidas) y frotó mis yemas. El lúpulo, extraña planta —dijo— que calma y apacigua nuestras ansias a la vez que disuelve nuestras manchas (puedo jurar que también y a la vez dijo, nuestros pecados; como si las dos palabras se pudieran fundir en una sola o fueran la misma). Hay que guardar cuidado, sin embargo, pues su esencia sedante nos puede adormecer cuando no lo procuremos o volvemos invisibles a los ojos de los demás cuando dejamos de tenernos fe. Ya está, dijo, elevando una décima el tono de su voz. Se paró y desapareció antes de que pudiera responder o agradecerle. Cuando salí nuevamente al almacén el niño seguía allí, sentado en la misma banca (como si lo hubiera estado siempre, por siglos, toda la vida). Sin embargo, el olor era otro: el almacén —impregnado por el resinoso aroma del cardamomo— seguía el evanescente trazo de una madreSelva en flor. Esa corrompida fragancia me acompañó a la calle. Intenté encender un cigarrillo pero sólo me quedaban cucarachas, las puntas que guardaba para casos de emergencia (cuando me importaba poco quemarme los labios con tal de chupar algo de humo y perderme en él sin tener que pensar). Ni siquiera llegué a encender el fósforo cuando miré mis manos y noté su color rosa pálido y su suavidad. Hacía años, desde mi temprana adolescencia, no había sentido tanto abatimiento. Pensé (lo sigo recordando ahora), nuevamente una parte delicada que poder lastimar. Sin atreverme a presumir una razón puedo decir que ese fue el momento en que sentí un escalofrío helado recorrer mi columna. La inoportuna presencia de la muerte acercándose ansiosa hacia mí.

Así que quedamos en eso. Yo seguiría los pasos de la dulce Narcisa, las huellas que dejaba, para reportárselas a Renzo cada dos semanas. Por eso me pagaría una cifra considerable, sugerida por él, más los gastos en que incurriría. De eso hace cuatro meses. No sabía mucho sobre la mujer que seguía. Que se había visto involucrada en una artificiosa estafa, que había tomado el primer barco que salía de Marsella (por su cercanía a Bilbao sin ser puerto español) y había desembarcado en Cartagena donde, involucrada con una banda de traficantes había logrado el intercambio del dinero robado por las piedras preciosas, desconociendo que éstas, a su vez, traían cola de paja. De lo cual se enteró violentamente cuando intentaba cruzar la frontera en dirección a Ecuador. Desde allí había seguido un camino dentado, plagado de artimañas, que la había traído hasta Paraguay; donde, sintiéndose lo suficientemente lejos (de todo: en distancia, tiempo y circunstancias), ahora impasible, llevaba una vida sin necesidades y, más bien, exagerados lujos. Era una mujer ridícula, inteligente y ponzoñosa. Y yo la seguía. No me interesaba saber más, me molestaba su estridente risa, su maquillaje excesivo, sus eternos vestidos de fiesta. No quería internarme en su ruin figura para descubrir un ser humano desolado. No me quería involucrar (y tal vez descubrir algo salvable). Me bastaba con observarla, escribir mis informes y dejarlos sobre el escritorio descansando por varios días antes de llevarlos al correo. Y así mi interés se perdía y a sus pies mi agudeza. Con enfado me daba cuenta que estaba al fin de un camino, sin ser fiel a mí mismo (indagar, llegar al por qué) todo perdía sentido. La había rastreado por demasiado tiempo y con pocos resultados. En un último intento que sólo sirvió para agravar los síntomas la seguí; seguí a la dulce Narcisa a ese almacén del centro, para saber algo más sobre ella (pero como sospechaba, estaba sólo esperando encontrar un reflejo mío en esa búsqueda. Sacar mis secretos con la excusa de ver los suyos). Cuando entré, después que ella saliera, no indagué sobre su presencia en el local, sino que me dejé invadir por el aire, el aroma de la lánguida mujer que atendía y el que su impúber acompañante desprendía. Olvidé a Narcisa y como un tierno estúpido infeliz pedí ese filtro de amor como si no tuviera mejor cosa que hacer. Ese fue el día anterior a la llamada, cuando la pensé ver desde el balcón del hotel; ver el filo de su pollera girando en redondo alrededor de la esquina del edificio de enfrente. Cuando me levanté aturdido a media tarde y pensé haberlo soñado todo descubrí el frasco sobre el velador, que fue el momento en que comencé y no paré de tomar whisky con guaraná durante dos días seguidos. En ningún instante mis pensamientos me llevaron a Narcisa y su atezada y espantada risa, sino a ella. Me emborraché y acabé besando mi propia imagen sobre un espejo que luego lancé calle abajo antes de salir por la puerta principal del hotel sin que nadie me detuviera. (En su caída libre al

vacío el cristal recortó una imagen del suelo: donde al fondo de la plaza —y aumentado por el lente pulido— un canillita que revisaba su atado de diarios y tomaba mosto helado leía sobre la extraña muerte de una española asfixiada en su propia habitación, su cuerpo cubierto por un penetrante olor a sábila y cardamomo —que nadie supo definir con certeza si exótico o nauseabundo—, antes que ese mismo espejo ya hecho mil añicos recogiera la sombra de un hombre que salía del hotel y que por resultar casi invisible a la vista de los transeúntes nadie regresó a ver a pesar de su más que evidente trastorno).

La fui a buscar. Encontré al niño sentado en el mismo sitio pero con una expresión acorralada en los ojos. Me habló, con la misma voz del teléfono, la voz aflautada que me advirtió, una voz que no articulaba el español —que a lo sumo sabía repetirlo—, y con señas le expliqué que no entendía guaraní. Me señaló con la mano el corredor. La urgencia del momento me hizo descender a tropezones, la encontré en la última habitación. Blandía como una consumada acróbata las esmeraldas sobre su cuerpo desnudo. Las piedras, como un mecanismo barroco de aflicción, transitaban chocando contra algo que antes no estaba allí. El lustre nuevo de la codicia era bromo. Me sentí el perpetrador de una escena que no debía presenciar. Desde mi margen observé esa imagen muerta que se movía y se mofaba de mí —la réplica de mi amor— que se reía ahora con la misma espantada risa de Narcisa. Me moví incómodo sobre esa cama de fuego, mi curiosidad nuevamente avivada. Supe, sé, que en sus libros encontraré un bálsamo, que una cierta dosis de artemisa o esclarea o el hisopo impregnando con ramas de enebro provocarán su regreso. Mientras tanto espero en un estado de perfecta vacuidad —donde no existen distinciones entre ella y yo— y Horacio me enseña ciertas palabras en guaraní del mismo modo que yo lo entreno en las artes del secreto, las huellas dactilares, el aroma de la verdad y no le revelo nada sobre mi pasado. Es un arreglo donde hemos hallado acomodo y que sólo lo perturba, en ocasión, el rumor de una risa estridente que llega desde el corredor interior de una estación con un solo tren que nunca termina de partir. 

Gabriela Alemán (Río de Janeiro, 1968). Escritora ecuatoriana, nacida en Brasil. Estudió Literatura en la Universidad Andina Simón Bolívar, doctorándose en la Universidad Tulane de Nueva Orleans. Diplomada en traducción por la Universidad de Cambridge. Ha sido jugadora profesional de baloncesto y ha trabajado en las revistas *Cultura* y *Eskeleto* de su país. Ganó una de las categorías del concurso de ensayo del 2004 organizado por la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano por su libro *Cine en Construcción: largometrajes ecuatorianos de ficción 1924-2004*. Le fue otorgado un Guggenheim Fellowship 2006-2007. Entre sus libros, cabe citar: *Cuento: En el país rosado* (Quito, 1994); *Maldito corazón* (Quito, 1996); *Zoom* (Quito, 1997). Teatro: *La acróbata del hambre* (Quito, 1997). Consta en las selecciones: *Antología de cuentistas hispanoamericanas*; *Antología de nuevos escritores latinoamericanos* (Porto Alegre, Brasil); *Antología básica del cuento ecuatoriano* (Quito, 1998); *Cuento ecuatoriano de finales del siglo XX* (Quito, 1999); *Nuevos proyectos de escritura ecuatoriana –Hispanérica–* (USA, 2000).